

# EL TRÁNSITO A LA ESO: UNA APUESTA COMPROMETIDA DE ALUMNOS Y PROFESORES (ficción literaria)

Ramón Lledó Carnicer  
*EAP de Horta-Guinardó (Barcelona)*

## Los alumnos

Le preocupaba dejar de ver a sus amigos, especialmente a Rosa, Miqui y Pedro, con quienes, desde la guardería, siempre juntos, había establecido una relación de amistad e intimidad que sobrepasaba los límites de la escuela.

Esta inquietud era nueva y desconocida para ella. Le había sobrevenido de golpe, como una amenaza a su bienestar, y no sabía darle lugar ni tamaño. Se disparaba, pero se daba perfecta cuenta de que su punto máximo habría de llegar el próximo septiembre, al comenzar un nuevo curso en otro centro.

La primera información que tuvo la agarró de improviso, durante la comida del sábado, mientras sus padres hablaban con ella sobre el paso a la ESO, y ella permanecía ensimismada por un anuncio en TV de bebés que, en reunión asamblearia, demandaban prestaciones a una marca de coches.

—¿Qué es *eso*? ¿De qué habláis?

Fueron varias preguntas, hechas a desgana, poco claras las explicaciones recibidas, y acabó discutiendo con su madre por el poco interés que ponía en las conversaciones familiares. Las tres llamadas por teléfono que hizo por la tarde le aumentaron la incertidumbre en un silencio ilógico y absurdo que reprimía sus deseos a comunicarse.

Tuvo que esperar a la salida de clase del lunes para iniciarse en la comprensión de su problema y compartirlo. Les abrió su malestar con una sobrecarga de excitación de variada procedencia y lo hablaron camino de casa.

Rosa y Pedro estaban en sexto A. Les habían dicho en clase que la próxima semana trabajarían un cuestionario sobre la ESO, sobre la salida de la escuela el próximo año y que recogieran información.

Pedro, no obstante, ya estaba enterado de que cambiaría de escuela. Lo había leído en algún catálogo o pudiera haberlo oído por la calle, pero tampoco sabía si se lo había imaginado. Todavía no había dicho nada en casa, quién sabe si por ese mecanismo mágico de que si de algo no se sabe, no existe, pero también tenía sus temores.

—Es una cosa diferente a primaria —dijo—. Son unos estudios nuevos con muchas asignaturas y más difíciles y tienen otros nombres como créditos o comunes y módulos.

El centro ya no se llamaría colegio sino IES y hacía referencia al instituto del barrio. En definitiva era una ley nueva que había puesto el presidente.

Le inquietaba ser de los más pequeños, encontrarse sólo y sufrir las chulerías de los mayores. Con respecto a los profesores les decía: «No sé cómo serán los maestros», y temía que pasaran de él.

No le apetecía nada tener que madrugar: «A lo peor entramos a las ocho» —repetía—

. Tendría que coger el autobús al final de la línea y no sabía si habría de llevar mochila o carpeta. Con un sentimiento comprometido con su escuela y en una especie de resumen existencial les dijo:

–Siento tener que dejarla, llevo muchos años, de hecho toda la vida, de P-3 a 6º, y me será difícil. La echaré a faltar.

En sus fantasías también daba espacio a perderlos a ellos, perder el cuidado de los profesores que tenía, perder la seguridad que le daba entrar por la mañana al colegio, dominar todo el espacio y conocer palmo a palmo todos los rincones, muchos desconocidos, seguro, para el profesorado.

Miqui, que estaba en la clase paralela con Luisa, también sabía esta información pero la había olvidado, aparcada para evitarse posibles molestias. De hecho también le hacía ilusión conocer un sitio nuevo, ver caras nuevas, estar con mayores, tener taquilla para guardar sus cosas, poder ir al bar después de las clases o salir a almorzar, pensar en las fiestas que tendrían...

–Esto hace de más mayor y será una buena experiencia –aseguró con rebeldía.

Vivirían historias nuevas, y esto se lo planteaba con todos ellos. No veía motivos de preocupación. ¿O sí? ¿Y a dónde lo llevarían entonces? De todas las maneras se seguirían viendo en la calle o en casa por las tardes, como siempre.

Para Rosa, su interés era Miqui, así que cuando le apareció este nuevo problema, fue directamente a él por si era cierto lo que decía la profe.

–No has de preocuparte –insistió tranquilizándola.

En el instituto se decía que el curso próximo todos los alumnos de la escuela irían allí. Estaban arreglando clases, cambiando despachos, transformando el bar en comedor y en el exterior estaban haciendo una pista polideportiva. Irían juntos y siempre tendrían la protección de algunos mayores, amigos de su hermano, que hacían BUP en el instituto.

Miqui les recordó que la ESO se parecería a la EGB: «Será lo mismo que este curso pero cambiando de escuela». Y que estudiarían lo mismo que hacían ahora. Los cursos irían de 7º a 9º ó 10º. Dudó si quería decir *educación socialista ordinaria* y precisó: «ESO es una manera de fastidiar».

Rosa les confesó que a ella le hubiera gustado hacer 8º y que no estaba acostumbrada a esos cambios, y había concluido:

–Tengo un poco de ilusión y miedo mezclado. Entrar y ver un instituto..., no sé qué encontraré....

Luisa no sabía ni decía nada y se sentía paralizada ante tanta confusión. Tenía el convencimiento que sus intuiciones se confirmaban: cambiaría de escuela, tendría que comenzar otros estudios, tenía miedo a no salir adelante, a no tener el mismo ambiente, a no aprobar.... Era lo único cierto y lo más desagradable; y no le veía ninguna necesidad, y menos utilidad, por mucho que Miqui diera esa versión frívola del problema. Menos alterada asentía en silencio pero se iba instalando en ella una tristeza mucho más molesta que la impotencia del fin de semana.

La dicotomía ilusión/miedo emergía permanentemente en los comentarios que se hacían sobre el futuro. Era un sentimiento agrídulce, propio de tener que vivir unas decisiones de otros, nuevas y desconocidas pero con el interés de llegar a la meta, de iniciarse en la mayoría de edad en tiempo récord, si se podía redescubrir como aliciente. Definitivamente a todos les sabía mal tener que dejar la escuela y dejar de verse, a partir de ahí ya se podía empezar a matizar.

Los cuatro llevaban el curso en un equilibrio notable que les permitía tomarse respiros delante de los trabajos que se les exigía en clase. Esta situación no la consideraban como un dato estimable al pensar cómo les irían los estudios en secundaria.

Rosa y Miqui reconocían que tendrían que estudiar más.

–Me irá bien porque me esforzaré–. Rosa buscaba dar sentido a sus interrogantes.

–Los estudios me van bien –repetía Miqui con una seguridad fundamentalista.

Por el contrario Pedro era contundente:

–Me irá mal porque voy flojo en matemáticas. Soy muy lento y me cuesta mucho.

Luisa, instalada en una moderación resignada, dudaba: «Depende de las dificultades. Más mal que bien. Puede que regular. No lo sé, pero pienso que lo superaré».

Sus expectativas quedaban teñidas de contenidos emocionales que en su momento deberían resituarse para darle su justo valor, pero, ciertamente, ocupaban toda la gama posible de calificaciones.

En sus relaciones grupales se sentían integrados al grupo clase y se contaba con ellos. No eran líderes de la clase pero en ocasiones sus propuestas eran tomadas como propias por aquellos.

Miqui sabía que ahora, previamente a ir al instituto, ya tenía un sitio específico, una consideración ganada por sus relaciones extraescolares y así lo había dicho:

–Están los amigos de mi hermano.

Tanto Rosa como Luisa y Pedro buscaban posibles compañeros, vecinos, primos..., cualquier alianza que pudiera tener alguna presencia en el panorama relacional vía instituto, pero fracasaban. Anticipaban por tanto que tendrían que hacer un esfuerzo en adaptarse, que les costaría al principio y que ellos deberían dar pasos en su integración en un proceso lento.

–Iré haciendo amigos y acostumbrándome –les comentó Luisa.

Unos y otros, intercalando fantasía y realidad, se contagiaban en un juego de euforia por el optimismo de Miqui o pasaban por momentos melancólicos, a los que Luisa y Pedro eran más proclives.

Hubieron de pasar varios días para que retomaran la conversación del lunes. Fue al día siguiente de contestar la encuesta que les pidieron rellenar en clase y de una puesta en común que tuvieron sobre la misma.

Miqui consideraba que tenía toda la información que podía precisar y no le faltaba nada que tuviera que recibir de su tutora. Profundizando un poco llegaba a reconocer un posible desconocimiento sobre si acabaría a los 14 ó 16 años. En esos momentos se deba-

tía incómodo entre dudas de falta de información y de deseos de no permanecer tanto tiempo en un instituto.

De todos modos desconocían qué estudiarían allí. Si tendrían que escoger asignaturas, qué horarios harían. Tampoco sabían si iban a ir por las tardes y todos los días, ni el número de profesores.

Pedro se interesaba por si el patio lo compartirían con los mayores, y acostumbrado a los dos grupos de nivel se planteaba: «¿Cuántos vamos a ser en la clase?», pensando en la posibilidad de estar todos juntos, de la misma forma que ahora, o perdiendo la compañía si hacían más grupos.

De todo esto, Rosa y Luisa decidieron tomar buena nota para preguntarlo en tutoría. Ésta, recordando un comentario de clase, rió desbordada:

–Martínez ha dicho que lo que le interesaría saber del instituto era lo de la sexualidad para cuando fuera mayor.

Por último, Miqui, molesto por el taladro que suponía más de lo mismo, concluyó:

–¿Por qué se ha de hacer la reforma?, ¿qué intentan conseguir con eso? Que nos lo expliquen.

## **Los profesores**

Joana y Montse, acabadas las clases de la mañana, se dirigieron al despacho de coordinación donde tenían programada una sesión de trabajo con el EAP (equipo de asesoramiento psicopedagógico) sobre el paso de sus alumnos a secundaria.

Anteriormente y durante varias semanas, los directores de los centros públicos de primaria y secundaria del sector, conjuntamente con el EAP, habían estado construyendo un modelo de informe, funcional, preciso y esquemático, que pudiera ayudar al conocimiento global de los alumnos y del centro de donde provenían.

Se suponía que se matricularían en los IES grupos de alumnos de un mismo centro, y se consideraba que tener un perfil de hábitos, intereses y dinámicas podía ser orientador para iniciar la tutoría, y se había valorado positivo para favorecer su acogida en septiembre como una más de las diversas actividades que se estaban planificando.

Se trataba de recoger datos relevantes para ir componiendo una visión del alumnado y se remarcaban sus propiedades: que fuera sencillo de cumplimentar, que pudiera leerse con facilidad, que diera información para ayudar a conocer al grupo y evitara etiquetas...

–Cada tutor habrá de seleccionar los datos que considera valiosos para transmitir en un escrito –se había dicho.

Fundamentalmente se incluía en su contenido información relativa a:

- Datos del centro (nombre, número de unidades, especialistas, servicios complementarios, actividades extraescolares).

- Organización y recursos (medios informáticos, biblioteca, metodología de trabajo y organización de los alumnos, material curricular utilizado, horas de tutoría, salidas, colonias, entrevistas con padres...).

- Alumnos (trabajos en casa, peculiaridades más relevantes del grupo clase...).

También se preveían reuniones informativas para padres en los centros de primaria con asistencia de alguna persona del equipo directivo de cada IES, un día de puertas abiertas para las familias en cada centro de secundaria y una visita para los alumnos de primaria con sus tutores.

De una primera sensibilización que Joana y Montse habían hecho en sus clases, deducían que la información general de las clases estaba construida de detalles más o menos significativos y que en su conjunto tenía un valor no tan anecdótico como pudiera parecer. Habría de clarificarse más, resituarla, organizarla en una lógica que les fuera útil...

A su vez descubrían que alumnos a los que consideraban distanciados de ellas afectivamente se inclinaban por tenerlas como referente antes que a nuevos profesores. Les producía una especie de extrañeza y rubor que se las valorara, y también a la escuela, abiertamente educadoras: «Dicen que han aprendido mucho aquí y que nos tienen cariño».

Al final de la reunión, diseñado el programa de tutoría de grupo, se acordaba proponerlo a los alumnos e incluir sus aportaciones y sugerencias. En la clarificación del proyecto se tendría presente como una finalidad destacada llenar los vacíos informativos existentes y que fueran apareciendo, y crear el clima emocional propicio para conseguirlo.

## **Epílogo**

La tarde daba a su fin después de un día repleto de incidencias que pasarían furtivamente a la mirada de todos. Datos que, aisladamente, no tenían una significación demostrable y que constituían buena parte de la práctica educativa.

Y, curiosamente, esta complejidad, lo que llamaban el currículum oculto, lo no dicho, las rutinas escolares, tenía un peso específico en el entramado formativo de los alumnos y, ahora, emergía con fuerza.

Para el profesorado se trataba de darle un tratamiento adecuado. Nada se tenía que descifrar. La respuesta que precisaban los alumnos pasaría por poder privilegiar un espacio y un tiempo de tutoría, generador de confianza, que les ayudase a pensar y entender, que rescatara por tanto lo que sabían, sentían y esperaban y que les fuera devuelto con menos fracturas que lo habían recibido y en mayor grado de satisfacción.

El pequeño grupo de maestras, enfrascadas en la discusión, se detuvo en el rellano de la escalera que conducía a la calle dándose un respiro. Alguien, fugado de la reflexión del momento, se apresuró a añadir:

-O eso, o encomendarnos al ángel de la guarda.

## **Apostilla**

La paloma de Kant veía la resistencia del aire como un obstáculo y no como la causa posibilitadora de su vuelo.

Todas las expresiones y comentarios recogidos son literales y provienen de alumnos de 6º

y del profesorado de centros públicos de Horta-Guinardó (Barcelona). Mi agradecimiento a todos ellos.

Me prestaron su saber: Teresa Abril, Teresa Flaquer, Remei Grau, Miguela Guallar, Mercè Lanao, M. José de Molina, Isabel Olivé y Teresa Valdivia (compañeras del EAP en uno u otro momento).